

**EL CIELO: AMAR A DIOS Y A LOS DEMÁS
Y DEJARSE AMAR POR ELLOS,
PLENAMENTE**



Oración inicial

*Tú, me colmas de bendiciones;
mi vida está en tus manos.*

*Primoroso lugar me ha tocado en suerte;
¡hermosa es la herencia que me ha correspondido!*

*Por eso, dentro de mí,
mi corazón está lleno de alegría.*

*Todo mi ser vivirá confiadamente,
pues no me dejarás en el sepulcro,
¡no abandonarás en la fosa a tu amigo fiel!*

Me mostrarás el camino de la vida.

*Hay gran alegría en tu presencia;
hay dicha eterna junto a ti. (Salmo 16, 5b-6.9-11)
En el monte Sion, el Señor todopoderoso
preparará para todas las naciones
un banquete con ricos manjares y vinos añejos,
con deliciosas comidas y los más puros vinos.
En este monte destruirá el Señor
el velo que cubría a todos los pueblos,
el manto que envolvía a todas las naciones.
El Señor destruirá la muerte para siempre,
secará las lágrimas de los ojos de todos (Is 25, 6-8a)*

1. INTRODUCCIÓN

Todos tenemos una edad; y fácilmente podemos pensar que nuestra vida en este mundo no durará mucho más. De hecho, esto lo podemos pensar a cualquier edad, pero los más jóvenes lo ven muy lejano, y con frecuencia no quieren ni pensarlo.

Nuestra fe cristiana, desde la muerte y resurrección de Jesús, nos dice que **la muerte no es el final**, que Jesús, a través de nuestra muerte, nos ha **abierto la puerta hacia una vida más grande y más auténtica**, que es lo que llamamos **el cielo**. Y claro, es natural que tengamos curiosidad por saber cómo será esta otra vida.

Respecto a eso podemos decir dos cosas. Primera, que es difícil de decir cómo es el cielo; porque el cielo está dentro del ámbito de Dios, y Dios es una realidad que está más allá de lo que podamos pensar. Segunda, que es fácil que todos tengamos una manera de pensar sobre el cielo, que puede ser defectuosa, y ello puede ser de una manera consciente o inconsciente.

Por eso creo que puede venirnos bien repasar una serie de maneras defectuosas de pensar en cómo es la otra vida, es decir, de pensar cómo es el cielo. Y puede irnos bien el proponernos una forma de pensar en el cielo tan correcta como sea posible, dentro de las dificultades que nos encontraremos para poder hacerlo.

2. MANERAS DEFECTUOSAS A LA HORA DE PENSAR EN CÓMO ES EL CIELO

Detrás de los modos defectuosos de pensar cómo es la otra vida, de pensar cómo es el cielo, puede haber dos raíces, dos bases diferentes.

Una raíz, una base, es que todos poseemos maneras de hacer y vivir que valoramos mucho, y, por supuesto, si pensamos en el cielo, deseamos que sea un lugar donde podamos vivirlas de igual manera. Es como lo que pasa con los niños pequeños, que les gusta mucho el chocolate, y desean que el cielo sea de chocolate. Podríamos decir que es un «**cielo deseado**», un cielo que deseamos que sea de esta manera. Ahora bien, si aquello que valoramos no es lo adecuado, nuestro pensamiento sobre el cielo sería defectuoso.

La otra raíz, la otra base, es que es muy posible que todos hayamos recibido ideas de muy diversas fuentes, sobre cómo podría ser el cielo: a partir de conversaciones, de charlas, del fragmento de la misa antes del padre-nuestro ... y puede que sean defectuosas. Podríamos decir que esto es un «**cielo recibido**», un cielo que hemos recibido así.

Podemos dar algún ejemplo de «cielo recibido» defectuoso. Para empezar, hay textos que hacen pensar en el cielo como una **liturgia que no se acaba nunca**. Por ejemplo, la oración eucarística II de niños termina diciendo «todos los amigos de Jesús ... podremos cantarle para siempre».

Otros textos presentan el cielo como si **sólo fuera contemplar a Dios**. Por ejemplo, en la oración eucarística II se pide, al orar por los difuntos, «admítelos a contemplar la luz de tu rostro». Y la *Divina Comedia* presenta el cielo de esta guisa.

Un cielo así resulta un **cielo aburrido**, y personas alejadas de la Iglesia, cuando hablan del cielo, piensan que visto así es aburrido.

Los hay que piensan que **la otra vida será al revés de esta**; que, si en este mundo nos lo hemos pasado bien, en el otro lo pasaremos mal, y al revés, y viven aterrados, si las cosas les van bien en este mundo. Tampoco es así: lo que cuenta en este mundo no es si nos lo pasamos bien o mal, sino si amamos de verdad.

Por otra parte, está fuera de lugar pensar que en la otra vida **no nos conoceremos unos a otros**. Esto sería vivir mutilados, porque nuestras relaciones, sobre todo las más importantes (de pareja, de familia y de amistad bien vividas, e incluso de buenos compañeros y buenos vecinos), forman parte de nosotros, y si no tienen continuación sería como si en esta vida nos faltara un brazo o una pierna.

Ciertamente, en algún caso esto podría ser un poco de «cielo deseado»: cuando hay una persona que en este mundo ha sido muy pesada, y la quieres perder de vista, no te la quieres encontrar en **la otra vida**. Pero no tengamos miedo: en la otra vida no encontraremos nada de egoísmo y otras tonterías o reacciones negativas de las personas; **sólo quedarán sus aspectos positivos, los más bonitos**, que quizás en este mundo habían quedado «ocultos».

Un episodio del evangelio de Juan nos narra la vuelta al mundo de los vivos de Lázaro, amigo de Jesús (Cf Jn 11, 1-44) Estamos hablando de un símbolo de nuestra resurrección: Jesús resucita a Lázaro y **lo devuelve vivo a sus hermanas**, que lo querían mucho. Del mismo modo, **en el cielo nos encontraremos a las personas queridas**.

Digo que el episodio de Lázaro es **sólo un símbolo** de nuestra resurrección, porque propiamente **la resurrección** nuestra es un «ir hacia adelante», para **vivir la vida de Dios**, que es mucho más que la vida de este mundo.

En cambio, **Jesús hizo volver a Lázaro a la vida de este mundo** (podríamos decir que le hizo «volver atrás»), y tuvo que morir de nuevo.

3. MANERAS MAS ACERTADAS A LA HORA DE PENSAR EN CÓMO ES EL CIELO

Veamos dos pistas que nos pueden ayudar en la mejor comprensión de la realidad celestial.

Una pista es que en el cielo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo **nos comunican su vida y su manera de ser a nosotros**. Es lo que dice la primera carta a los Corintios, (Cf 15, 39b), que «Dios será todo en todos». Ahora bien, no sabemos cómo son Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; pero una cosa sí podemos decir: que **son amor**, que son creación desde el amor, libertad desde el amor ...

Otra pista es que Jesús, en toda su vida terrenal, se dedicó a extender el Reino de Dios. Por lo tanto, parece que el cielo debe ser **vivir plenamente este Reino de Dios**.

Estas dos pistas están perfectamente unidas. El texto inicial de Isaías, nos prepara para el mensaje de Jesús cuando habla del **Reino de Dios**, comparándolo con un **convite**.

Ahora bien, si una persona te invita a un banquete, no te relacionas únicamente con ella, también lo haces con todos los otros invitados. Por eso, el cielo no es sólo una **relación de amor con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo**, dejándonos querer por Ellos, sino **también con todas las otras personas**, amándolas y dejándonos amar por

ellas, con cada una de una manera diferente; empezando por las personas con las que nos habíamos querido más estrechamente en este mundo.

La narración de la **multiplicación de los panes y de los peces** es otro ejemplo. Lo encontramos en Marcos 6, 32-44. Ciertamente, Jesús quiso dar de comer a mucha gente que lo necesitaba, pero, además, cuando lo hizo, Jesús quiso que la gente se diera cuenta de lo que debía ser el Reino de Dios, y, por tanto, el cielo. Porque para los judíos, **comer juntos** significaba **estimarse hasta sentirse unidos unos a otros**. Jesús quiso hacerles sentir eso: el Reino de Dios nos lleva a amarnos tanto unos a los otros, que somos capaces de comer todos juntos. Y para hacernos ver esto aún más claro, Jesús dice que se sienten por grupos, porque estar con cuatro mil personas es no estar con nadie, porque te pierdes en medio de tanta gente, y, en cambio, en un grupo nos podemos tratar cara a cara.

La relación de amor con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y con los demás es la **base de la auténtica felicidad**. Y lo podemos llegar a «tocar» en este mundo. A veces, con una persona o unas personas nos relacionamos con tanto cariño, que decimos que «tocamos el cielo», y no quisiéramos que esto se acabara. Pues bien, esto de «tocar el cielo» es verdad: por una parte, en el amor que vivimos «tocamos» a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se encuentran en todo amor de verdad, y, por otra parte, estamos viviendo el amor entre nosotros; y este amor que vivimos con Dios y entre nosotros será el cielo.

Parece que también se puede decir que, de alguna manera, **re encontraremos las cosas materiales positivas** que habíamos vivido en este mundo; y que **podremos vivir nuestras ilusiones y anhelos positivos**, dentro de un amor de verdad ...

Ciertamente, puede que todo esto nos quede un poco lejos y nos cueste creerlo. Pienso que el mejor camino para ir aproximándonos y sentirlo cada vez más cerca es el del Salmo 16, 1b-2, 5-11, que hemos leído al comienzo. Se trata de ir alimentando nuestra fe, por la que creemos que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos aman afectuosamente y sin condiciones en este mundo. Se trata de tener un trato sencillo y familiar en la oración, y de ir creyendo y sintiendo como «tocar» y querer, particularmente a través del amor que nos tienen otras personas y en el que les tenemos a ellas. Cuanto más lo vivamos, más fácilmente creeremos y sentiremos que todo eso continuará después de nuestra muerte, y con más intensidad.



Cuestiones y retos

- ¿Cómo piensas tu muerte? ¿Te cuesta mucho creer en otra vida feliz en la que la base de la felicidad es amar y ser amado?
- ¿Cómo piensas en el cielo? ¿lo piensas como algo aburrido, o interesante? ¿Tienes muchas personas con quienes desearías volver a encontrarte?
- ¿Has «tocado el cielo» alguna vez en el trato con otras personas? ¿Has pensado que esto nos hace sentir de alguna manera cómo será el cielo?

Oración final

Padre, ayúdanos a creer, cada vez más, que Tú, el Hijo y el Espíritu Santo nos esperáis con ilusión, para comunicarnos vuestra vida feliz, con la felicidad que viene de dejarnos amar por Dios y de amarnos unos a otros.

Haz que esto nos ayude a vivir a fondo nuestra vida de este mundo, aunque sea poca cosa, y nos ayude a «tocar el cielo», en el trato contigo en la oración, y en el afecto que nos tenemos los unos a los otros. Amén.